

te con el señor Rivero y otros personajes, y desde allí dirigió la palabra á la muchedumbre que llenaba la Puerta del Sol: en su discurso atribuyó el triunfo de la revolucion á la Marina, al Ejército, y sobre todo al auxilio de la Providencia; dijo que para consolidarla eran menester grandes sacrificios y grandes virtudes; recomendó la union de todos los elementos liberales, y la necesidad de que el pueblo tuviese confianza en los hombres que iban á marcarle el camino de su regeneracion; y terminó dando vivas á la libertad y á la honra de España, que fueron calurosamente contestados, y con otro á la *Union liberal*, que apenas tuvo eco.

Don Nicolás Rivero pronunció en seguida una corta arenga, y abrazó al Duque de la Torre, queriendo significar con aquel abrazo la fusion de los partidos, ya que no fuera posible de los principios, monárquico y democrático. El público aplaudió con frenético entusiasmo esta demostracion; como aplaude siempre todo cuanto habla al sentimiento, aunque repugne á la razon.

Con el mismo acompañamiento fué luego conducido en triunfo el Duque de la Torre al edificio de la Presidencia (antigua Inspeccion de Milicias), que se alzaba al extremo de la calle de Alcalá junto á la fuente de Cibeles, donde se le tenia preparado su alojamiento.

La Junta revolucionaria provisional, arrogándose facultades que no tenia, pues ni aun como poder local estaba sancionada su propia existencia por el voto público, confirmó al Duque de la Torre el título de General en jefe del ejército liberal, y le encargó de la formacion de un Ministerio que rigiese los destinos de España hasta tanto que se abrieran las Córtes constituyentes. El general Serrano aceptó el encargo, y desde el dia siguiente comenzó á expedir decretos concediendo ascensos y otras gracias militares, si bien al mismo tiempo telegrafiaba por dos veces al Duque de la Victoria felicitándole por el triunfo de las ideas liberales, poniéndose á sus órdenes y pidiéndole consejo para la formacion del Gobierno. El retirado de Logroño contestó con prudencia felicitando á su vez á los generales Serrano, PRIM y demás, que habian iniciado y llevado á cabo el alzamiento con tanta fortuna; y como en Madrid se agitasen los políticos con la cuestion siempre borrascosa del nombramiento de ministros, el Duque de la Victoria la resolvió, haciendo decir á sus amigos: "que los que concibieron, iniciaron y habian llevado á cabo la revolucion, eran los que debian formar el Gobierno provisional, y á todos los demás tocaba apoyarlos, así como tambien acatar y defender la ley fundamental que la nacion hiciera en uso de su soberanía."

El mismo día de la llegada á Madrid del Duque de la Torre, la Junta provisional admitió la dimision del cargo de presidente de ella, que fundado en motivos de delicadeza le presentó D. Pascual Madoz, nombrando en su lugar, y á propuesta del dimitente, á D. Joaquin Aguirre, que acababa de llegar del extranjero.

X.

Mientras en Madrid se desenvolvía el embrion de la nueva política, el general PRIM visitaba las más importantes poblaciones de nuestras costas de Levante, siendo recibido en todas partes con loco entusiasmo. El día 2 de Octubre se le aguardaba en Valencia, y desde las primeras horas de la mañana circuló por las calles de aquella ciudad un gentío inmenso, deseoso de saludarle. El General llegó al puerto en la fragata *Zaragoza*, y desembarcó en medio de una muchedumbre numerosa, que habia acudido á la poblacion marítima para anticipar el momento de dar expansion á su alegría. En la estacion de Valencia le esperaban el señor Arzobispo, el Capitan general, los brigadieres Rossell y Berruezo y varias comisiones de las corporaciones valencianas. El Ayuntamiento revolucionario habia improvisado una procesion cívica, á cuyo frente iban las banderas de la Universidad, del Instituto, Escuela de Medicina, Academia de San Cárlos, y demás centros de instruccion pública, las de los gremios, del comercio y otras, seguidas cada una de un numeroso grupo, representante del cuerpo á que pertenecía, y que de continuo lanzaba entusiastas vítores. Seguian en pos muchos carruajes conduciendo las diversas corporaciones revolucionarias, algunos de cuyos miembros dirigian al pueblo calurosos vivas, que eran inmediatamente secundados. Por último, en una lujosa carretela enteramente cubierta de coronas, iba el bizarro General, y cerraba la comitiva una fuerza bastante considerable de Milicia ciudadana y de las partidas formadas en el campo, que habian entrado en la ciudad.

Al llegar la comitiva á la plaza de Tetuan, las fuerzas populares hicieron salva. El general PRIM salió al balcón de la Capitanía general, y con voz robusta y potente, dirigió á la muchedumbre una breve arenga, de la cual son los siguientes períodos:

“La libertad estaba dormida en España; no estaba muerta, porque no puede mo-

rir. Tiranos insolentes la habian creído enterrada, y habian arrojado sobre ella una losa sepulcral; pero la Marina española, siempre grande, siempre heroica, ha levantado esta losa con un grito de dignidad y de honra.—La libertad está reconquistada, y se consolidará de tal manera, que podemos decir que se consolidará para siempre.—Todas las aspiraciones de los partidos liberales quedarán satisfechas, completamente satisfechas. Olvidemos para siempre antiguas denominaciones políticas, y consagrémonos todos de buena fé al triunfo y consolidacion de la libertad.,

A continuacion el General recibió á las comisiones de la Universidad, Instituto y Academia, llevando por ellas la palabra el rector de la primera, D. Eduardo Perez Pujol, que en un elocuente discurso hizo el panegirico del héroe del dia, como militar, como diplomático, y como orador parlamentario.

Reunido después el Conde de Reus con la Junta superior de la provincia y el Ayuntamiento, manifestó sus deseos de que se levantara el crédito de la nacion, arreglando la Hacienda, y se consolidara la libertad sobre amplias bases. Varios oradores hicieron uso de la palabra abundando en las mismas ideas, y el comandante de la *Zaragoza*, señor Malcampo, dió las gracias al General por sus elogios á la Armada. En seguida volvió á salir aquel al balcon, y arengó calurosamente á las tropas, diciéndoles que el movimiento revolucionario, radical, se habia hecho por la salvacion de España y por la libertad, para cuya consolidacion debian los soldados prestar obediencia á los generales de hoy, como ayer habian obedecido á los otros.

Terminada esta arenga, desfilaron las tropas al compás del himno de Riego; y habiendo conferenciado un largo rato el Arzobispo con el General, salió este para el puerto por la puerta del Parque, inmediata á la del Mar, evitando la aglomeracion de la muchedumbre, que de seguro habria dificultado su marcha.

Además del señor Malcampo, acompañaban al general PRIM en su viaje D. Manuel Ruiz Zorrilla, y varios militares de alta graduacion. El cuartel general lo componian: el jefe de Estado mayor, teniente coronel de Artillería, D. Manuel Pavía; el capitan de la misma arma, señor Hidalgo; el brigadier Gaminde, los coroneles Merelo y Bastos, el teniente coronel Campos, y los comandantes Lafuente, Barbachano y Alderete.

A las diez de la mañana del dia 3 de Octubre, un cañonazo disparado en el castillo de Monjuich anunció al público de Barcelona la aparicion en el horizonte del mar de la fragata *Zaragoza*, y en seguida se echaron á vuelo las campanas de la

Catedral y de las demás iglesias, y fueron poblándose de millares de espectadores todas las avenidas del puerto, en tanto que se dirigian al mismo la Junta provisional, las autoridades, la Diputacion, el Ayuntamiento y varias personas notables, junto con algunos piquetes de la fuerza ciudadana y de los cuerpos de la guarnicion de la plaza con sus respectivas músicas y charangas.

Como la fragata *Zaragoza* era de mucho calado, no pudo fondear en el puerto, y tuvo que echar el ancla frente al espigon del muelle del Este. Allí se dirigió el vapor de guerra *Leon*, en el cual iban la Junta y las Autoridades, y después de saludar al general PRIM en nombre de Barcelona, promovióse un incidente desagradable. Vestia el General el uniforme diario de Marina, por haber quedado el suyo en Lóndres; y habiendo notado algunos de los individuos de la Junta la corona real que llevaba bordada en la gorra, le invitaron á que se la quitase: dió esto lugar á un ligero altercado, que el Conde de Reus cortó echando á andar hácia la escalera del buque. La marinería que se hallaba en las vergas, le saludó con seis vivas, á los que contestó el General dando un viva á la libertad, otro á la soberanía nacional y otro á la Marina española, después de lo cual pasó á bordo del *Leon* que lo condujo al puerto, acompañado del comandante y varios oficiales de la fragata, y de las autoridades. Seguíanle el vaporcito *Monseny*, y multitud de lanchas y otras embarcaciones pequeñas, llenas todas de un apiñado gentío.

Desde el vapor *Leon* se dirigió á tierra el Marqués de los Castillejos en una fálua, y desembarcó en la escalera de las oficinas de Sanidad, donde le aguardaban su señora madre, en cuyo obsequio se hacia principalmente aquella demostracion, y su hermana, comisiones de todos los cuerpos de la guarnicion y de las corporaciones populares. No cesaban entre tanto los vítores de la muchedumbre, ni las músicas de tocar el himno de Riego; pero en medio de aquella gritería, una parte del pueblo, como si obedeciese á una señal ó á un espontáneo impulso, empezó á clamar: —“¡Que se quite la corona! ¡Fuera la corona!,”—El General paseó su mirada tranquila sobre la multitud, y con sonrisa forzada hizo un signo negativo, como diciendo: “Está en su lugar.” Y ocupó la carretela que se le tenia preparada, llevando á sus lados al Comandante de la *Zaragoza* y al Capitan general de Cataluña, señor Bassols.

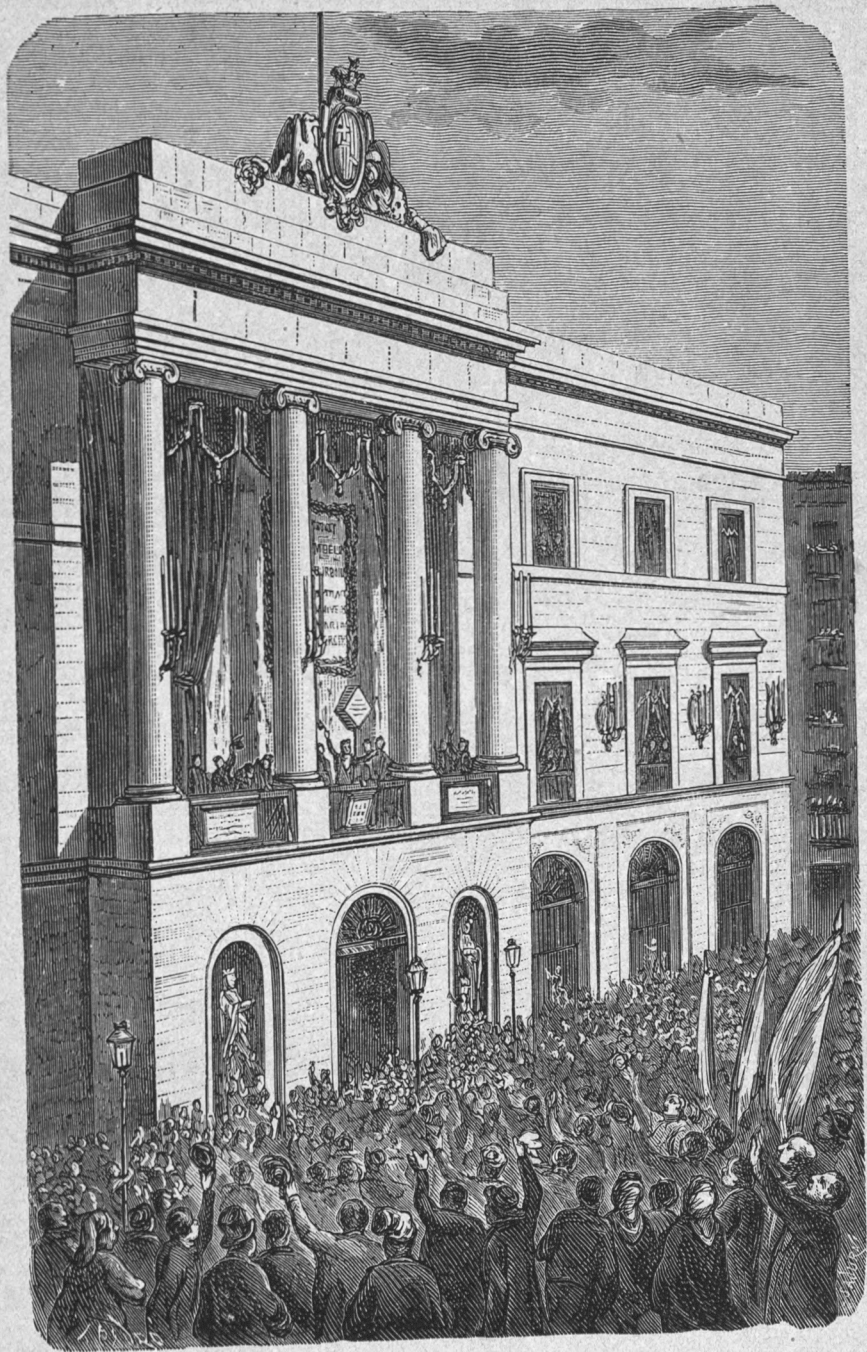
En otros carruajes tomaron asiento la anciana madre y la señora hermana del general PRIM; el general Latorre y los brigadieres Milans del Bosch y Socías; los individuos de la Junta, los de la Diputacion provincial y el Ayuntamiento, varios ofi-

ciales de la *Zaragoza* y otras personas. Abrieron la marcha de la comitiva tres municipales de caballería vestidos de gran gala, y la cerraba la fuerza ciudadana voluntaria, mandada por su comandante el señor Targarona. En el tránsito de la carrera anunciada, el general PRIM no cesó de saludar á los paisanos que le vitoreaban, y algunos de los cuales arrojaban flores á su paso, y de este modo llegó á la plaza de la Constitucion, que se hallaba ocupada por una muchedumbre tan compacta, que difícilmente pudieron atravesarla los carruajes.

Las calles de la carrera que recorrió el Conde de Reus, y algunas otras contiguas, fueron de improviso vistosamente decoradas: entre ellas descollaban la de Jaime I y de la Libertad (Fernando), y todo el paseo de la Rambla, ostentando multitud de banderas, cortinajes y colgaduras, en las que dominaban los colores nacionales. La fachada de las Casas consistoriales apareció engalanada con cortinajes y medallones, en los que figuraban los retratos y nombres de algunos defensores de Barcelona y de Cataluña, como Clarís, Marquet, Marimon, Desplá, y otros. De la cornisa del edificio de la Diputacion colgaban dos grandes pendones, en uno de los cuales se veían las cuatro barras catalanas, y en el otro la cruz de San Jorje sobre fondo blanco.

El General desembocó en la plaza por la calle de Jaime I, y á su vista prorumpió la multitud en frenéticas aclamaciones: subió á las Casas consistoriales, y saliendo al balcon, después de saludar al pueblo, pronunció un entusiasta discurso, que fué escuchado con profundo silencio, solo interrumpido algunas veces por el rumor de inmenso gentío, que, no cabiendo en la plaza, producía verdaderas explosiones dilatándose por todas las calles afluentes. El general PRIM encareció en gran manera la union de todos los liberales; enalteció la honradez del pueblo catalan, de la que tan relevantes pruebas habia dado en aquellos dias, y terminó dando varios vivas y con el grito de "Abajo los Borbones,, que fueron contestados y aplaudidos por el público.

Bajando luego á la plaza, el Marqués de los Castillejos, con su comitiva, se dirigió por la calle de la Libertad y la Rambla, á la casa Lonja, desde cuyo terrado arengó á las tropas que aguardaban sus órdenes para el desfile. Les dijo que el Ejército no debia servir nunca á determinadas personas, sino á la Nacion que lo sostenia, y que su fuerza debia consistir siempre en la disciplina militar, sin la cual no hay ejército posible. Terminado este discurso, desfilaron las tropas, y el general PRIM celebró una sesion con la Junta provisional revolucionaria; en la cual, si bien manifestó hallarse muy satisfecho del recibimiento que le habia hecho Barcelona,



Prim arenga al pueblo de Barcelona. —4 de Octubre de 1868.

dió á entender desde luego su resolucion de marcharse inmediatamente. Celebró mucho que el pronunciamiento se hubiese llevado á cabo sin el más mínimo desorden, lo cual dijo era una prueba de que el pueblo español, y especialmente el catalan, sabia hacer buen uso de la libertad; pues no podia existir esta, sino hermanada con el orden. Encareció sobremanera la necesidad de contener las impaciencias de los partidos, repitiendo la idea, ya emitida en Valencia, de que en adelante no debia haber más que un solo partido liberal, cuya denominacion se la darian las Córtes, como fiel expresion del voto público.

El vicepresidente de la Junta, señor Tutau, le contestó diciendo, que necesitaba tomar nota de algunas palabras pronunciadas por el general PRIM, y manifestando que no podia estar de acuerdo con él, por cuanto opinaba que los partidos unionista, progresista y democrático no debian renunciar á sus aspiraciones; que estos partidos representaban el pasado, el presente y el porvenir; y que, perteneciendo á este último él y algunos otros individuos de la Junta, creian que el partido del porvenir debia dar la mano al del presente para empujarle á subir un escalon más; pero no confundirse con él, ni hacerse ambos una guerra cruel, sino una guerra noble y digna para la propagacion de sus respectivas doctrinas.

La lucha sorda entre los revolucionarios monárquicos y los republicanos quedaba planteada, y el general PRIM, no muy contento de sus paisanos, apenas terminada la sesion, se dirigió al muelle, acompañado de los señores de la Junta, y tomó una embarcacion, que le condujo á la fragata *Zaragoza*, la cual partió el mismo dia para Tarragona.

En Tarragona se hizo al general PRIM una recepcion entusiasta: el Ayuntamiento acordó nombrarle hijo adoptivo de aquella ciudad, y concedió el titulo de ciudadano de la misma á D. José Malcampo. En compañía de este se trasladó el General á Reus, donde más que en ninguna otra parte se le dispensó una acogida cordialmente afectuosa, y en donde permaneció desde las dos y media de la tarde del 4 hasta las diez de la mañana del siguiente dia. Una comision de la Junta revolucionaria de Reus habia ido á Tarragona á recibir al Marqués de los Castillejos, y en cuanto partió de aquella capital el tren que le conducia, las campanas lo anunciaron al pueblo reusense con un repique de fiesta. Llenaba las calles un apiñado gentío; desde la estacion del ferrocarril hasta la plaza de la Constitucion se extendia un cordon de tropa, y los balcones de todas las casas ostentaban ricas colgaduras.

Con el general PRIM iban, además del Sr. Malcampo y otros amigos, los brigadieres Baldrich y Gaminde, el redactor de *la Iberia*, señor Martínez, y varios individuos de la dotacion de la *Zaragoza* con su música. En la estacion, durante la carrera, y sobre todo en la plaza, fué saludado el General con nutridos vivas, que se repitieron cuando se le vió aparecer en el balcon de las Casas consistoriales, desde donde dirigió al pueblo una sentida arenga en catalan, recordando las amarguras que habia sufrido durante años por no haber podido respirar el aire puro de la patria, y complaciéndose en ver, tras tantas penas y tantos trabajos, realizada la idea que continuamente le animaba ; pues veia á España iluminada por el sol de la libertad.

Después de esto habló de un hecho profundamente sentido por los reusenses. Así como en Barcelona, las vicisitudes políticas habian inducido á las autoridades á arrancar del Salon de Ciento las lápidas en que se declaraban hijos adoptivos de aquella ciudad á D. JUAN PRIM y D. Pascual Madoz, así tambien en Reus se habian quitado del lugar donde estaban depositadas las armas que aquel trajo de la guerra de Africa. Sobre este hecho se expresó el General de la manera siguiente :

“ Al llegar de la guerra de Africa os entregué una prenda, para mí la más querida ; la espada que empuñé en todas las batallas, la que se tiñó mil veces en sangre agarena : la puse en la sala capitular de las Casas consistoriales, y os encargué que la guardárais siempre, aunque las disidencias políticas se empeñasen en lo contrario; pues la espada de PRIM no pertenecia á un general determinado, sino á la nacion entera ; no era una gloria particular, sino del pueblo en general; no era el medio que habia servido para salvar la vida de un hombre, sino la vida y la honra de nuestra patria. Pero vino una mano atrevida, y la arrancó del sitio en que estaba, y la prenda para mí más querida quedó largo tiempo arrinconada: yo perdono esa mano, como perdono á todos mis ofensores y enemigos, porque la cualidad más bella de los liberales es la generosidad. La libertad se igualaria á la tiranía, si sacrificara á sus enemigos. La libertad es hija de Dios, y Dios perdonó á sus verdugos. Pueblo de Reus, exclama conmigo: Perdon á nuestros ofensores. „

Tras estas nobles palabras, concluyó recomendando la union y el órden, tema de todos sus discursos desde que triunfó la revolucion. “Seamos dignos de la libertad que hemos reconquistado, dijo: no queramos que los partidos nos desunan: la union es la fuerza : no debe haber más que un partido, el de la libertad : no debe haber más que un lema, el órden : de esta manera podremos solidar la situacion

de España; de esta manera nunca más volverán á reinar la tiranía y el escándalo.»

El general PRIM, acompañado de toda su comitiva, dió luego un paseo por todos los arrabales y calles de Reus, y se apeó á la puerta de la casa de D. Federico Vila, en donde le estaba preparado su alojamiento. Por la noche fué obsequiado con un espléndido banquete en el Salon Filarmónico, y con un refresco en el local de la sociedad del *Círculo*. El General, después de dar las gracias á dicha sociedad, tuvo que retirarse temprano por hallarse fatigado; pero continuó la fiesta, pronunciando sendos discursos el señor Ruiz Zorrilla y otros comensales, y dándose por la reunion calurosos vivas á la libertad, á la soberanía nacional, á la Marina, al general PRIM y á las Córtes Constituyentes.

El dia 5 por la mañana partió el General para Madrid, tomando el tren que debia conducirle hasta Vimbodí: á pesar de ser expreso, paró en todas las estaciones, en las cuales era esperado por las autoridades y los habitantes de los pueblos. En Vimbodí aguardaban al General y á su séquito doce carruajes para trasladarlos á Lérida, donde, así como después en Zaragoza, se repitieron las demostraciones de entusiasmo.

La recepcion hecha en Madrid al Conde de Reus excedió á toda ponderacion. Aguardábasele á la una de la tarde del dia 7, pero no llegó hasta las tres; y apenas se recibió el aviso de su salida de la estacion de Vallecas, púsose en movimiento la poblacion entera de la capital: todas las clases sociales, por gremios y agrupaciones, habian hecho preparativos costosos para celebrar la llegada del héroe, que era esperado con febril impaciencia. El tren que le conducia iba revestido de coronas, banderas, gallardetes y pabellones: al entrar en la estacion, se ofreció á la vista un espectáculo indescriptible de animacion y vida: las aclamaciones del pueblo, las músicas, los coros, formaban un conjunto atronador de voces entusiastas, y sobre los millares de rostros expresivos y de brazos levantados, ondeaban multitud de banderas y pendones.

Cuando el caudillo en cuyo honor se hacia tan espontánea manifestacion puso el pié en tierra, muchos se precipitaron sobre él, abrazándole unos, apretándole otros las manos, al mismo tiempo que le ofrecian ricas coronas en gran número. El general PRIM, que vestia el uniforme de campaña de cuando era director de Ingenieros, no pudo subir al coche del Congreso que le estaba preparado, porque habria sido imposible dar un paso, y montó en un caballo, que tambien marchaba difícilmente á través del apiñado gentío.

En la puerta de Atocha se levantaba un modesto monumento, en el que se veía un busto del malogrado Calvo Asensio, y los retratos de los generales Serrano y PRIM: detúvose allí un momento la comitiva, y algunos quisieron hablar; pero no fué posible, porque los estrepitosos aplausos del público lo impedían.

Aunque con gran trabajo, se organizó desde allí la manifestación, abriendo la marcha el coche del Congreso y otro carruaje que figuraba la fragata *Villa de Madrid* adornada con flores y banderas, en que iban varias personas arrojando composiciones poéticas. Seguían varios pelotones armados, uno de marinos y otro de catalanes con sus vistosos gorros colorados; después iban las numerosas comisiones que habían salido á esperar al General, con banderas, trofeos, coronas, y llevando una de ellas el cuadro de los Comuneros. El batallón del barrio de Segovia ostentaba otro gran cuadro, en el que se veían los bustos de Serrano, PRIM y Topete, sostenido por dos hombres del pueblo vestidos de aragonés y catalán. La numerosa comitiva del comercio de Madrid, llevaba un estandarte con crespones negros y una riquísima corona de siemprevivas, bajo la cual se leía el nombre de *Béjar*. En otra bandera, debida á la iniciativa de la juventud librecambista, se habían fijado los lemas de: *Reforma arancelaria.—Libertad de comercio.*—También llamaba la atención un grupo de muchachos y jóvenes, vendedores de periódicos, los cuales lucían una bonita bandera con cintas en que se leían los títulos de los periódicos.

Acompañaban al general PRIM el comandante de la *Zaragoza*, y los generales Ros de Olano, Caballero de Rodas, Orive, Serrano Bedoya, Nouvilas y Gomez Pulido; varios brigadieres y coroneles del Ejército, y sus ayudantes de campo. También le acompañaban los emigrados; señores Terrones, Posada, Ortega, Bañares, Romero Quiñones, Barbachano, Ayuso y otros muchos. Seguía un numeroso cuerpo de ayudantes de todos los generales y algunos jefes de las fuerzas populares. Detrás del crecido Estado mayor que llevaba el General, iban varios grupos armados, y entre ellos uno compuesto de los deportados del 3 de Enero, y otro de los artilleros del 22 de Junio de 1866.

La comitiva no pudo penetrar por la Carrera de San Jerónimo, á causa del inmenso gentío que se agolpaba junto á la fuente de Neptuno, y hubo de variar su curso, siguiendo por el Prado á la calle de Alcalá. Esta calle se vió en seguida cuajada de gente, como lo estaba la Puerta del Sol desde las doce del día. En el Prado se hallaban formadas á un lado las tropas de la guarnición, y al otro las fuerzas de

los Voluntarios de la libertad: la comitiva hizo parada, y el general PRIM vitoreó á la libertad, á la soberanía nacional, á Serrano y á Topete.

Por la calle de Alcalá y Puerta del Sol dió la vuelta la comitiva á la Carrera de San Jerónimo, cuyos balcones se hallaban lujosamente colgados y cubiertos de coronas y banderas. Desde el Casino arrojaron cuatro magníficas coronas de laurel, roble y espigas de oro, con grandes cintas de los colores nacionales, en las que se leía: “¡ Viva el Pueblo! ¡ Viva el Ejército! ¡ Viva la Marina! ¡ Viva PRIM!,”—También desde el café de Madrid echaron gran número de coronas, de las cuales tres simbolizaban las campañas de Africa y Méjico y la sublevacion del 3 de Enero. De otros puntos arrojaban poesías y tarjetas de muaré con inscripciones. Una señora presentó al general PRIM una magnífica corona.

En el vestíbulo del palacio del Congreso esperaban los señores Figuerola, Cámara, Sorní, Sierra y Gonzalez, individuos de la Junta superior revolucionaria. El general PRIM entró empujado por la multitud, cuyos atronadores vivas y aplausos le impidieron hablar, como deseaba. Volvió á montar á caballo, y se dirigió de nuevo á la Puerta del Sol, entrando en el Ministerio de la Gobernacion, donde le aguardaban los miembros de la Junta, señores Rivero, Madoz, García Lopez y otros; los generales Serrano, Iriarte, Messina, O'Donnell y Smith, los señores Lopez de Ayala, Carrascon, Navarro y otros muchos.

En el balcon del Príncipe, colocado junto al Duque de la Torre, á quien abrazó con la mayor efusion, dirigió el general PRIM breves pero sentidas frases al público, repitiendo lo que en todas partes habia dicho: que de la union y el orden dependia la consolidacion de la libertad reconquistada. Manifestó asimismo, que estaba completamente de acuerdo con el general Serrano, y concluyó dando entusiastas vivas, que fueron contestados por el pueblo. Este seguia, entre tanto, afluyendo á la Puerta del Sol, de modo que apenas dejaba paso para el desfile de las fuerzas ciudadanas.

El General se dirigió luego al hotel de París, cuyo piso principal estaba lujosamente preparado para recibirle, y donde se le obsequió con un banquete de cuarenta cubiertos. Después de la comida, salió vestido de paisano, para evitar que le detuviera la multitud, que continuaba vitoreándole en la calle, y se fué á casa del Duque de la Torre, donde se celebró una larga conferencia, que dió por resultado el nombramiento del Gobierno provisional.

Don Juan PRIM acababa de ser nombrado Capitan general del Ejército, por decreto del Duque de la Torre; nombramiento que fué muy censurado, por lo intempestivo.